

NAVIDAD EN CENTROAMERICA ESTAREMOS ALLI

María López Vigil



¿Cómo mirar la Navidad desde una Centroamérica sangrante y dolorida, con un horizonte que apenas da cabida a la esperanza? Estas líneas pueden ayudarnos a encontrar en la Navidad una fuente - de esperanza.

HAY ESPERANZA PARA TU FUTURO.

Apenas a medio kilómetro de la entrada de Belén, en Ramá, hay un pequeño santuario, cuadrado y blanco, con la cúpula redonda de las construcciones árabes. Es la tumba de Raquel, la esposa amada de Jacob, el padre del pueblo de Israel.

Recién casada, comparando su esterilidad con la fecundidad de Lía -la otra esposa de Jacob- Raquel suplicaba a su marido: "¡Dame hijos o si no me muero!". Cuando ya Lía había tenido siete hijos., Dios se acordó de Raquel, la oyó, abrió su seno y nació José, su primogénito, el que más tarde iría a Egipto donde los hijos de Israel fueron esclavos de Faraón. Después le nacieron Efraim y Manasés.

En el camino que va de Betel a la tierra de Efratá, cuando sólo les faltaba un trecho para llegar a "la casa del pan" -eso significa Belén- Raquel tuvo su último hijo. Fue un mal parto. Antes de dejar escapar el alma, la madre alcanzó a dar nombre al recién nacido. Le llamó Ben-Oní, "hijo de mi dolor". (Jacob le cambió después el nombre por el de Benjamín, "hijo de buen augurio"). Raquel murió después

de alumbrarlo y Jacob la enterró allí en el camino. Y levantó una estela sobre su sepulcro. Esa estela dura hasta hoy. Está en el pequeño santuario blanco de Ramá, en el que palestinos y judíos veneran el memorial de Raquel, "nuestra madre," la madre del pueblo.

Cuando el imperialismo asirio atravesaba una fuerte crisis -en los últimos años del siglo VI antes de Cristo- el profeta Jeremías alentaba a los israelitas deportados por los ejércitos invasores y dispersos en otros países -los refugiados de entonces- a mantener en alto la confianza en un pronto regreso a una patria libre. Y esta fué una de las imágenes que eligió para transmitirles su mensaje de terca -esperanza:

"Así dice Yahvéh:
En Ramá se escuchan ayes,
Es Raquel que llora por sus hijos
y que no admite consuelo
porque ya no existen

Así dice Yahvéh:
No llores más,
aparta el llanto de tus ojos
porque hay paga para tu trabajo.
Lo dice el Señor:
volverán tus hijos a su territorio.
Hay esperanza para tu futuro."

(JER. 31, 15-17)

Antes de llegar a Belén hay que pasar por Ramá a recordar la historia de la madre del pueblo, la que quiso hijos, la que murió dándolos a luz, la que lloraba sin consuelo al verlos dispersos y muertos. Llegar y detenerse ante aquel túmulo cubierto de lienzos bordados para recibir también el eco de una promesa que no va a fallar. A pesar de todo, de tantos esfuerzos estériles, a pesar de los fracasos, del dolor sin tregua, "hay esperanza para tu futuro." Y después, hay que seguir el camino que lleva a Belén, para encontrarse con la ternura del niño de la Navidad.

ESPERAR CONTRA TODA ESPERANZA

Es Navidad en Centroamérica. Es hora de esperanza contra toda esperanza. Ante los cadáveres de los guardafronteras - nicaraguenses, de los campesinos mutilados en el nombre del dios anticomunista en Jalapa, en Zelaya, en San Francisco - Norte; ante los cuerpos sin vida de los indígenas del Quiché, de las Verapaces, de Huehuetenango, que se fueron de este mundo con la última imagen del fuego arrasando sus ranchos y sus milpas; ante los miles de muertos salvadoreños, fruto del dolor popular prolongado de la guerra por la liberación, no queda otra cosa que esperar contra toda esperanza.

Una difícil esperanza. Porque la esperanza para nuestros pueblos es la paz. Y al finalizar este año la guerra parece envolvernos. Esperamos la paz. Una paz que en Nicaragua permita reconstruir el país sin sobresaltos, con los fusiles transformados por fin en arados. Una paz que desarme a Honduras y no lleve a Costa Rica por los caminos de una falsa seguridad antepuesta a la solidaridad, a la justicia. Una paz que alumbre por fin a los pobres de Guatemala y El Salvador y les dé la victoria que les pertenece para poder empezar a vivir.

Nada de esto es fácil. Construir esta paz es tarea muy ardua. Hasta desear esta paz nos parece a veces una ilusión. Y es que los enemigos de la paz son aún demasiado poderosos. Y la realidad nos muestra a diario que todavía Raquel ha de llorar mucho por sus hijos.

La fe cristiana no es una aspirina capaz de quitarnos el dolor que produce el contemplar la situación de nuestros pueblos al llegar esta Navidad. La esperanza que tenemos no es una droga que nos engaña. Como cantaban los clásicos en sus villancicos: "no la debemos dormir" la noche santa. Esta noche buena hay que hacer vigilancia, una vigilancia revolucionaria. Velar con la terca esperanza al hombro y esperar contra toda esperanza, insistiendo, forzando nuestra dura realidad. Esperar así no es otra cosa que creer que "las cosas pueden cambiar" y hacer algo -todo y más- para que cambien. Creer que es posible un mundo con más igualdad, con mayor justicia, en donde podamos ser más felices dando que recibiendo. Creerlo y empezar a construirlo ya, con las pe-

queñas o grandes herramientas que tengamos a mano.

CON UN CANDIL PEQUEÑO EN NUESTRAS MANOS

En la Navidad se nos revela este nuestro Dios, que juega con nuestras categorías para sorprendernos y arrancarnos de nuestras rutinas. Su regalo de Navidad es inesperado: una virgen que da a luz, la debilidad que se transforma en señorío y unos últimos -los pastores malolientes y despreciados de Judea- que comienzan ya a ser los primeros...Dios se nos revela como un Dios sorprendentemente generoso en la novedad de la Navidad.

Hemos de creer que se nos revelará en la victoria de los pobres de Centroamérica, que acercamos cada día con nuestro trabajo responsable. Su promesa no falla: hay esperanza para nuestro futuro. A pesar de ser tanto el llanto de hoy. Hay futuro. Es decir, habrá paz. La paz nunca está en el pasado caduco y superado. La paz está hacia adelante y la trae aquel "que viene" y que lo hace todo nuevo. Por eso la paz es difícil, lucha contra la inercia y cuesta sangre.

Si con algo tiene que ver la Navidad es con la actitud de compartir. Dios se comparte y es Dios-con-nosotros en Jesús. Dios comparte la buena noticia del nacimiento de su Hijo con los pastores, los últimos de todos. Y ellos comparten con el niño y con José y con María lo que tienen. Que es poco, pero que es todo. Comparto con los lectores un poema-villancico que guardo y que leo ante el nacimiento cada Navidad desde hace unos 12 años. Está atravesado de mucha ternura y de mucho escepticismo, al estilo del sabio Qohelet. En esta difícil Navidad centroamericana, puede tal vez ser una oración en la que muchos nos podemos encontrar. Es de una mujer (Nieves Puga), nieta de Raquel, la madre de nuestro pueblo creyente:

Fuimos perdiendo gozo de pastores
y no será con miel ni con corderos,
no será con palomas ni al son del caramillo:
será arrastrando pies, será cansados,
será al compás que marque la fatiga...
pero al llegar la noche allí estaremos.

Estaremos allí, junto al pesebre,
por mirarte vestir de carne niña
y por olerte, no a ese olor remoto
a Dios y a eternidad que hueles siempre,
sino a ese otro
caliente, familiar, dulce, cercano...,
a ese olor que al nacer huelen los hijos.
Estaremos allí, ¡préstanos tiempo!
Sobre nosotros se apagó la estrella,
el cielo de Belén se quedó a oscuras
y ya no hay luz que muestre los caminos;
sólo el afán de hallarte los alumbra
como un candil pequeño en nuestras manos.
Será dando traspiés, será despacio;
pero aguarda, Señor, porque tenemos
mucha necesidad de darte alcance,
mucha angustia de disparar a ciegas,
ignorando tras qué nube te ocultas;
mucha flecha en el arco de los gritos,
que no sabe si llega ni si escuchas...
Espéranos, Señor; quédate quieto...
Cuando caiga la noche, no te muevas,
que estaremos allí, junto a tu cuna,
roncos de alzar la voz, llenos de frases,
sin gozo ya ninguno de pastores,
para juntar los labios a tu oído,
seguros una vez de que nos oyes.

("Estaremos allí")

